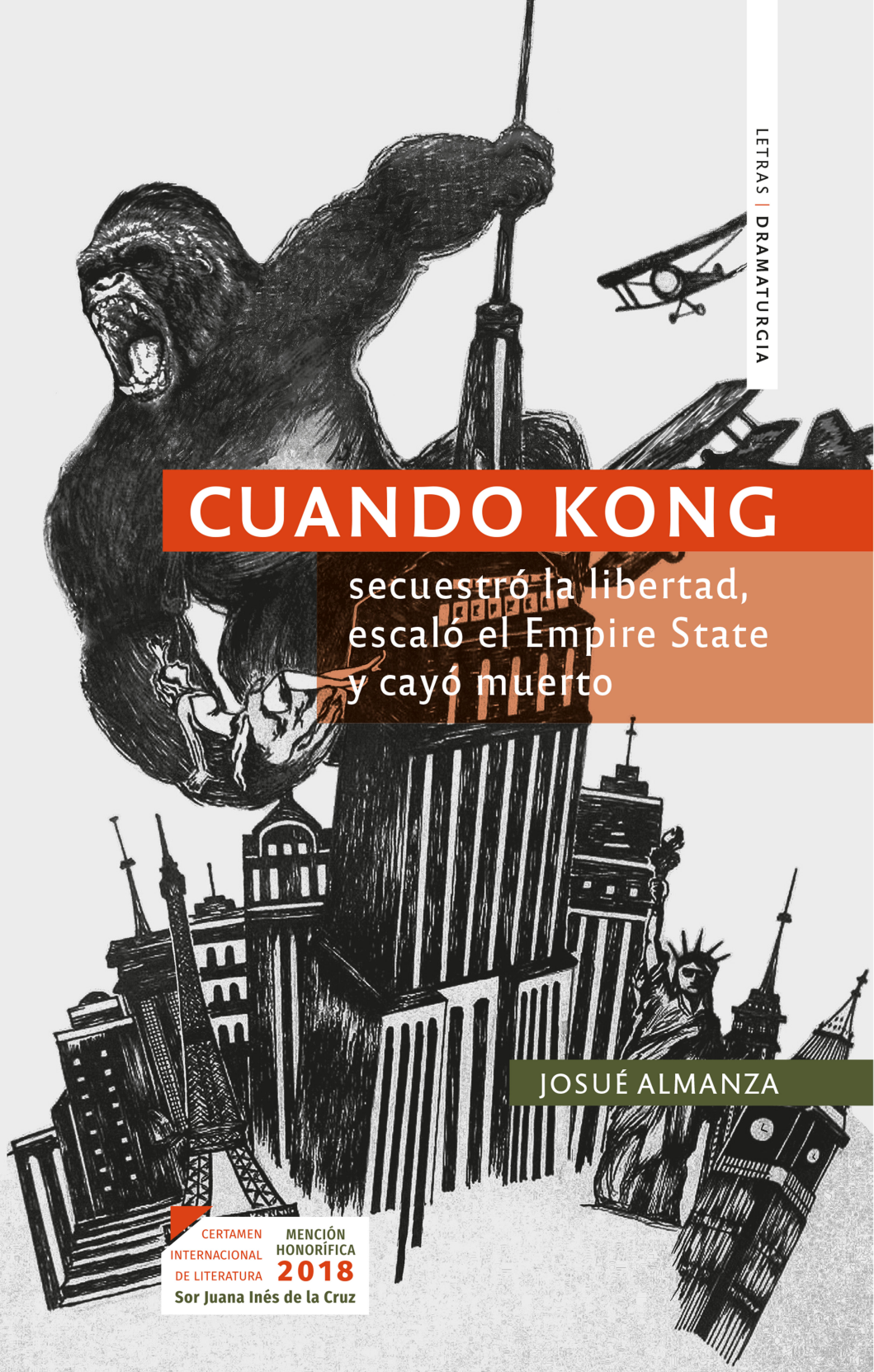

LETRAS | DRAMATURGIA

CUANDO KONG

secuestró la libertad, escaló el Empire State y cayó muerto

JOSUÉ ALMANZA

CERTAMEN INTERNACIONAL DE LITERATURA Sor Juana Inés de la Cruz

MENCIÓN HONORÍFICA 2018

JOSUÉ ALMANZA

Cuando Kong secuestró la libertad, escaló el Empire State y cayó muerto

FOEM
FONDO EDITORIAL ESTADO DE MÉXICO

A Ivonne y Jimmy
por la migración —bella y atroz— que nos hizo aves hermanas de la misma parvada

A Gaby y Rosa
por las escandalosas risas y veladas, chamas

A Maribel, Fran, Javier, Malena y Pablo
por la coincidencia y la militancia desde las letras

A Patricia Zangaro
por tu generosidad y guía sensible

A todos mis amigos bárbaros, salvajes, gracias por la sinergia latinoamericana

El rey Kong

King Kong trepa por el Empire State

Una fortaleza de concreto construida en la Quinta Avenida

Que con sus ciento dos pisos y su pináculo sobrepasa los cuatrocientos cuarenta y tres metros

La bestia escala con una sola mano

En la otra sostiene a Fay Wray

La imagen de la mujer americana después del exterminio de los nativos

La rubia libertad con una capacidad inaudita para gritar

Secuestrada por el monstruo bárbaro

El simio en realidad la protege

Los Curtiss F8C-5/O2C-1 Helldiver del ejército estadounidense los rodean

Atacan al rey Kong ante la mirada insólita de los neoyorkinos

No hay raza, etnia o animal que sus ametralladoras no logren embestir

Dos brazos de seis metros de altura contra las calibre 7.62 mm

El rey es generoso con la dama y la deja sobre una cornisa

Se despide y de inmediato arremete contra los aniquiladores

Logra derribar uno de los aviones descendientes de la Primera Guerra

Pero es demasiado tarde

El rey Kong, el incivilizado, cae

“No han sido los aviones. Fue la bella quien mató a la bestia”, se escucha al final

Se convirtió en una de las escenas más memorables en la historia del cine

¿Dónde se originó?

La mente maestra fue un hombre llamado Merian Cooper

No, no era un artista

Era un visionario militar

Un piloto involucrado en la persecución de Doroteo Arango en 1916

King Kong y Pancho Villa, ¿quién lo creería?

Episodios perdidos en la tensa historia de dos naciones separadas por un río

Volvamos unos años atrás

Transcurre el año de 1915

Estados Unidos reconoce el gobierno de Venustiano Carranza

Villa se volvió loco

En palabras utilizadas por historiadores gringos: "¡Pancho Villa se convirtió en una bestia sanguinaria!"

Busca provocar al presidente Woodrow Wilson para intervenir en la frontera con México y desestabilizar al recién creado gobierno

Las masacres más famosas ocurren en un tren en Santa Isabel y en un cuartel en Columbus

Los villistas asesinan a sangre fría

Hay mutilaciones de miembros y violaciones

Todo al grito de “¡Viva Villa!”, “¡Viva México!”, “¡Muerte a los americanos!”

Cooper, nuestro hombre Kong, forma parte de la Guardia Nacional de Estados Unidos y da persecución a Villa por casi un año sin éxito

Después es llamado a combatir en el conflicto de la Primera Guerra junto al ejército polaco

En este enfrentamiento contra la Unión Soviética es derribado en combate pero sobrevive

En 1920 cae como rehén en un campo de concentración ruso del que finalmente logra escapar para convertirse en periodista del *New York Times*

Así se construyó el imaginario del rey Kong

El monstruo bárbaro que hay que exterminar, los viajes, los aviones de combate, Nueva York

Noventa mil dólares recaudó en sus primeros cuatro días salvando a la productora del quiebre acechante después de la crisis del 29

Una cifra extraordinaria considerando que las entradas al cine costaban quince centavos

El exterminio es lucrativo

Y volvemos al rey Kong

Ese gigante simio venido del exterior

De una isla maldita desconocida

Donde habitan tribus exóticas

Donde no hay posibilidad de prosperidad ni civilización

Los otros

Los extranjeros

Los salvajes

Esos dementes que roban y asesinan sin causa y con dolo

Dios salve a América y se eleven muros suficientemente altos para mantenerlos alejados

O de lo contrario

Caerán

Ciento dos pisos hasta el suelo como el rey Kong

Y la rubia libertad será salvada

Los niños aztecas I

—Tengo miedo.

—No nos verán, todo saldrá bien.

—Estamos haciendo lo correcto, ¿cierto?

—¿Dudas de eso?

—No, es sólo que jamás pensé estar en una situación como ésta.

—Encontré más información sobre los niños aztecas.

—Máximo y Bartola, ésos eran sus nombres, deberías llamarlos así.

—En realidad no eran sus nombres verdaderos. Estuve investigando mucho. Su madre no los vendió como se presumió en el acta de custodia. Muchas veces fueron vendidos a diferentes postores. Mira este periódico, lo robé de una hemeroteca en un condado de Nueva Orleans.

—Está muy oscuro.

—No lo acerques demasiado a tu cara, es muy viejo. ¿Alcanzas a leer con la luz de la luna? Es el *Daily Crescent*, una publicación del 28 de diciembre de 1850.

—No puede ser.

—La madre aceptó dárselos a un doctor que prometió llevarlos a España para que les dieran un tratamiento en un hospital especial, pero en realidad el doctor los vendió a un tal J. Morris.

—¿Quién fue ese Morris?

—Nadie en realidad. Fue una persona ficticia. Los circos de fenómenos tenían su propia mafia y los dueños nunca usaban sus nombres reales. También los artistas usaban otros nombres. Máximo y Bartola fueron sólo sus nombres artísticos.

—Una vida de tortura.

—La madre pidió que se los devolvieran, pero la historia se vendía sola: la gente estaba deseosa de conocer a los famosos

aztecas pigmeos sanguinarios que sacrificaban humanos y se comían entre ellos. Había notas que decían que eran de otro planeta. Incluso los llevaron a conocer a la reina Victoria. Eran grandes productores de dinero. Así que Morris inventó ante un tribunal de Estados Unidos que los había rescatado en su país de origen porque eran maltratados y usados con fines de brujería. Así logró arrebatarle la custodia a su madre. Y...

—¿Qué?

—Los obligaron a casarse entre ellos, pese a que eran hermanos, justificando que el incesto era una práctica común en las comunidades salvajes de Latinoamérica. Su última aparición fue lo que ya sabíamos. Fueron exhibidos en el famoso Museo Barnum.

—Me da asco tanta crueldad. ¿Cómo pudieron hacerles eso? ¿Encontraste algo sobre su muerte?

—Los archivos se quemaron en el primer incendio del Museo Barnum.

—¿En el que murieron las ballenas?

—Dos ballenas blancas hervidas en su tanque hasta la muerte. En 1868 hubo un segundo incendio pero la única acta de defunción que fue hallada fue la de Máximo, dice que murió en el 67. Es un misterio. De Bartola no hay ningún registro.

—Todo fue mentira, debieron falsear sus muertes y volverlos a vender.

—Eso explicaría que los hayas encontrado momificados en un museo de rarezas de un pueblo.

—Ya es hora, ya deberían estar aquí. ¿Por qué se estarán tardando tanto?

—Dales tiempo, están traficando con cuerpos que tienen más de cien años de embalsamados. Deben ser cuidadosos con su traslado.

—¿Qué pasa si nos descubren?

—No pasará.

—Sólo... ¿qué pasaría?

—Iríamos a la cárcel, por supuesto. Nos levantarían cargos por robo, por estafa y seguramente por tráfico de patrimonio. Por eso tenemos que hacerlo todo con precisión.

—¿Confías en ellos?

—En estos casos sólo se puede hacer eso, confiar. Son un grupo muy organizado. Han hecho otras cosas peores.

—¿Cómo que peores?

—Nada de matar o poner bombas, éste es otro tipo de terrorismo, llamémosle terrorismo cultural pacífico. Han pintado grafiti incluso en el Pentágono, son los mejores. Cuando les conté nuestro caso no dudaron en ayudarnos, pero a nosotros nos toca hacer la parte difícil.

—La parte heroica de cruzar la frontera con el botín de momias.

—Si quieres verlo así.

—Mira allá, parpadeó algo. ¿Serán ellos?

—No. Qué idiotas.

—¿Qué pasa?

—Deben de ser inmigrantes o traficantes.

—¿De droga?

—Pues claro que de droga, ¿qué creías? Estás en medio del desierto, aquí pasa de todo. Si los descubren va a haber muchas patrullas en pocos minutos, eso nos puede echar abajo el plan.

—Algo brilló otra vez. ¿Viste?

—Sí. Malditos idiotas, todo mundo sabe que no deben usar relojes para cruzar.

—Yo no lo sabía.

—Bueno, ahora sabes una de las reglas básicas de supervivencia para el cruce de la frontera.

—Me da mucha lástima. Tanta gente intentando venirse para acá.

—A mí no me da tristeza, me da rabia.

—¿Fue un disparo?

—Ven, ven, ven, pégate lo más que puedas al piso. No hables.

Silencio largo.

—¿Es una persona?

—Probablemente.

—¿Se está quejando? ¡Le dispararon!

—Tal vez.

—¿Qué hacemos?

—Parece que no hay policías cerca, ya hubieran llegado. Debió haber sido algún cazador.

—¿Que mata personas?

—Ya había leído en las noticias que algunos estadounidenses locos salen con sus rifles a dispararles a los inmigrantes.

—¿Escuchas?

—No.

—¿No escuchas?

—Sí, sí escucho, pero no podemos hacer nada.

—Está herido.

—No sabemos quién le disparó ni desde dónde.

—¡¿Qué hacemos?!

—¡Estoy pensando!

—Que deje de quejarse, si lo escuchan le van a volver a disparar.

—Es mejor que lo rematen.

—¡Qué te pasa!

—No podemos hacer nada. Va a llamar la atención y nos jode a nosotros también.

—¿Cómo puedes pensar así?

—Si se queda vivo va a sufrir más. Puede quedarse agonizando toda la noche. Mejor que lo terminen de matar.

—No puedo con esto.

—Tápate los oídos.

—¿Sigue quejándose?

—No.

—¿Se habrá muerto?

—Ojalá, pero pudo haberse desmayado.

—Ay, no. Tenemos que hacer algo.

—Si salimos de aquí, seguro nos dispararán también.

—¿Y si sigue vivo?

—Ya cállate, así es esto, decenas se mueren todos los días.

—Porque decenas de personas no hacemos nada.

Atrapasueños

Noodin, la mujer ojibwa, moja sus pies descalzos en el río Mississagi. A lo lejos mira a Binishii, su hija de cuatro años, remover las piedras intentando atrapar algún reptil ciego. Con destreza, la mujer teje un atrapasueños con ortiga y sauce de un tamaño superior al de una cabeza: la lágrima tejida debe ser tan grande como el miedo que nos produce el mal sueño. Su tribu sabe que el peligro surca los mares de oriente a poniente y por esta razón Nanabozho está inquieto. El gigante no logra pasar las noches sin presentir la maldición traída a galope por los caballos blancos. Por eso la mujer desea atrapar sus angustias nocturnas y quemarlas al sol a primera hora de la mañana.

Noodin es la nueva espiritista de la tribu. Ha aprendido todo lo que sus ancestros le han enseñado, pero aún se siente débil, incapaz de hacer frente a la gran adversidad que les aguarda. Ella también ha tenido visiones entre sueños, visiones catastróficas de monstruos con muchas extremidades que roban los espíritus libres de la gente. ¿Será que Nanabozho sueña lo mismo? ¿Será que también teme por los humanos de los que tanto ha cuidado?

Noodin arranca uno de sus cabellos negros para anudar los últimos hilos de la red y la cuelga en un viejo árbol. El viento que corre desde el oriente trayendo maldiciones se cuela a través del atrapasueños transformando sus vaticinios en cantos silvestres. Ella sabe que el destino es inevitable pero que, incluso en la adversidad, el gigante Nanabozho los cuidará hecho montaña y hecho río, y les mostrará la fortaleza del mundo a través de una gota de agua: débil cuando está sola, pero imparable cuando el caudal de los soñadores baila en un solo cuerpo y en una sola voz.

Celdas I

—No sé cómo preguntarte esto, siempre es la parte más difícil de preguntar. Créeme que me incomoda tener que hacerlo.

—Está bien, no te mortifiques.

—No, no está bien. Escúchame, ha habido casos donde en el último minuto se logra la apelación. La comisión de derechos humanos no los deja en paz, sus teléfonos no dejan de sonar, la gente está agolpada afuera de la prisión, la prensa está difundiendo tu caso, no pueden arrebatarte la esperanza, ¿me oyes? Aún podemos.

—Las fotos que publican deben de ser de hace muchos años.

—¿Cómo?

—Mis fotos, las fotos de los periódicos. Supongo que publican fotos mías.

—Sí, sí, publican fotos tuyas.

—Hace años que no me tomo una fotografía. Deben de ser muy antiguas esas fotos.

—Del primer juicio, supongo. Hoy con el internet se consigue todo.

—Sí, he escuchado que el mundo es diferente.

—Si quieres puedo asegurarme de que publiquen alguna foto que desees.

—No importa. Sólo creo que ellos se asustarán cuando me vean.

—¿Tu familia?

—Me verán viejo. Estoy muy flaco, ¿no?

—Aún no sabemos si vendrán.

—Sí lo harán.

—Fueron deportados y, bueno, son...

—Mis hijos.

—... tus hijos. Pero para las oficinas de migración son los hijos de un condenado a muerte.

—¿Eso qué significa?

—Que son potenciales criminales.

—Pero hace más de treinta y dos años que no los veo.

—Lo sé.

—Deben dejarlos entrar.

—Deben, sí, lo sé.

—¿No los dejarán venir?

—Te repito, las leyes...

—¡Me importan un carajo las leyes!

—¡Tranquilo!

—¡Quiero ver a mis hijos!

—¡Tranquilízate o cancelarán la visita y tenemos mucho de qué hablar!

—Dime que harás todo lo posible. Apenas y me acuerdo de sus caras. Tengo que verlos. No me pueden matar antes de volver a verlos.

—No está en mis manos.

—¿Cómo que no está en tus manos?

—Ellos no han solicitado el permiso de ingreso al país.

Silencio.

—Seguro están muy preocupados, debes recordarles que hagan el trámite. Siempre fueron muy despistados, lo heredaron de mí, yo siempre me olvidaba de pagar la luz hasta que un día llegábamos y teníamos que cenar con velas.

—Tenemos que concentrarnos en esto.

—Y necesitas enviarles dinero.

—¿Qué dinero?

—Pues dinero, dinero. Para el viaje.

—No hay dinero.

—El escritor pagará.

—¿Qué escritor?

—El que me pidió permiso para utilizar mi historia. Él conseguirá el dinero.

—No me habías dicho nada.

—Que pague los boletos de avión y el hotel para ellos. Que el hotel tenga piscina, recuerdo que siempre me rogaban que nos hospedáramos en algún hotel con una piscina grande.

—Vamos muy aprisa.

—¡Porque se me está acabando la vida!

Silencio.

—De acuerdo. Bien, te lo preguntaré nuevamente.

—No hace falta, sé de qué se trata. Toma nota.

—¿Lo sabes?

—Quiero huauzontles en salsa de chipotle. Anda, toma nota, a eso viniste, ¿no?

—Puedes tomarte unos minutos, es importante que lo pienses bien.

—He pensado esto desde que me dictaron la sentencia. Sé muy bien lo que quiero comer.

—De acuerdo, si tú lo dices.

—Debes darle todos los detalles para su libro.

—¿Escribirá un libro? ¿Quién lo dejó hablar contigo?

—Tú. ¿Recuerdas al último periodista? Pues te engañó. No era periodista, pero sí escritor y dijo que publicará una novela.

—Hijo de puta.

—No, está bien. Ah, y quiero un trozo de milanesa, de carnero. Cerveza negra.

—Alcohol no.

—Una coca cola entonces.

—Eso sí puede ser.

—Arroz blanco con cilantro. Deben ponerlo a tostar antes con cebolla y ajo.

—No creo que...

—No es lo mismo, no sabe igual, los estadounidenses comen cualquier porquería.

—... cebolla y ajo.

—Y huevos con tortilla dura. Y pan con higo relleno de queso.

—Pediré todo lo que me dices, sólo no quiero que te hagas demasiadas expectativas.

—Me jodieron la vida, no se las pondré fácil, no pediré papas fritas y una hamburguesa.

—Espero que haya alguien que pueda cocinar esto.

—Ve al barrio latino, ahí la gente sí sabe que un arroz sin cilantro no es negociable.

Los niños aztecas II

—¿Dónde estabas? Me preocupé.

—Todo se les complicó. Logré encontrarlos a unos kilómetros de aquí.

—¿Y? ¿Los tienes?

—Aquí están, adentro de la mochila.

—¿Puedo verlos?

—Claro, con cuidado.

—¿Qué es esto?

—Son ellos.

—Son empaques de juguetes.

—Fue la única manera.

—¿Les pareció gracioso?

—Creyeron que en caso de que la migra nos descubriera sería menos sospechoso.

—Si la migra nos descubre cualquier paquete que llevemos será sospechoso, así que pudieron ser más respetuosos y embalarlos dignamente.

—Ya sé, ya sé, pero... estamos tan cerca, ya no importa. Sigamos, por favor.

—Nos pusieron en peligro y ahora se les hace gracioso entregarlos como si fueran muñecas.

—No pudieron acercarse más. Ellos también oyeron los disparos. Aun así les debemos mucho, nosotros no hubiéramos podido sacarlos del museo.

—¿Se jactan de ser una organización que lucha por los derechos humanos? Acaban de hacer exactamente lo mismo que esos depravados que los tuvieron exhibidos durante tantos años.

—Fue por su protección.

—Quiero sacarlos.

—No, basta.

—No seré parte de esto. Los envolveré en mi chamarra.

—Tendrás mucho frío.

—¡No me importa! ¡No llevaré sus cadáveres empaquetados como si fueran mercancía!

—Los dañarás.

—Tendré cuidado.

—Alguien nos puede ver.

—Pues correremos el riesgo.

—Estás loca.

—No, locos están los que hacen lo mismo que esos fascistas que los metieron en una vitrina y no les dieron un entierro digno.

—Bien, bien, sácalos con cuidado.

—Eso hago.

—Son muy pequeños.

—No debieron haber alcanzado más de setenta centímetros en su edad madura, sus cuerpos están muy deteriorados, les

practicaron mal la momificación. ¿Crees que giren la alerta de robo en el museo?

—Hicieron dos réplicas que pusieron en su lugar, tardarán en darse cuenta.

—Jamás se darán cuenta. ¿A quién le pueden interesar? Han pasado más de ciento cincuenta años desde su muerte. Nunca se supo dónde habían quedado sus cuerpos hasta que di con su paradero en aquel museo.

—Nos amarán por esto.

—Entonces no eres muy diferente de los demás.

—¿De qué hablas?

—Si lo haces por reconocimiento, hay formas más seguras de hacerlo.

—No lo hago por reconocimiento.

—¿No? Me pareció entender eso.

—¿Qué pasa?

—Nada, estoy nerviosa. ¿Qué sigue?

—Atravesar.

—¿El túnel sigue siendo seguro?

—Nadie vino a revisar, ¿cierto?

—Nadie.

—Bueno, entonces vayamos.

—Espera, espera.

—¿Qué?

—No podemos dejarlo ahí.

—No empieces.

—No, es en serio.

—Tenemos a los niños, vámonos, no hay mucho tiempo, nos esperan del otro lado.

—No podemos dejar su cuerpo expuesto.

—Tal vez ya no está.

—Ambos lo oímos hasta que dejó de quejarse, esa persona seguro se murió. No podemos ser así de insensibles, por lo menos saber quién es.

—Una patrulla encontrará su cuerpo, eso hacen todo el tiempo. No saldré otra vez.

—Es una incongruencia que estemos haciendo esto y dejando el cuerpo de alguien tirado. ¡No hicimos nada por él, carajo!

—Estás muy tensa, todo esto te tiene muy alterada.

—Muévete.

—No te dejaré salir.

—¿Crees que vas a impedírmelo? Quítate. Si tú no tienes una pizca de humanidad, lo haré sola.

—Deja de hacerte la heroína, ¿quieres? Nos arriesgas a los dos y no pienso ir a la cárcel por tu culpa.

—¿Sí? Pues yo no pienso cargar con el remordimiento. Muévete.

—Me iré sin ti.

—Hazlo, quiero comprobar si te importa el devolver estos cuerpos a su tierra tanto como dices.

—Si alguien te dispara, no saldré por ti.

—Eso lo tengo muy claro.

—¿Qué se supone que haga?

—Puedes hablar mientras con ellos.

—¿Con las momias?

—No estaría mal. Mientras regreso pídeles disculpas en nombre de todo el mundo por lo que les hicieron.

Pan con higo

Una nota escrita a mano, dejada encima de una mesa.

Elsa

fui al molino a recoger la masa por favor compra higos

te dejé dinero en el metatito

hoy tenemos que hacer el pan más sabroso que hemos hecho

es un pedido muy especial

se lo llevarán hasta estados unidos

usaremos el horno de leña

el viejito

queda mejor

checa si aún hay lagrimitas

ésas no pueden faltar

y prende una vela

si se apaga vuélvela a prender

que nunca se apague

Celdas II

—Faltan sólo dos días.

—Perdí el sentido del tiempo hace mucho. Vida jodida de mierda. Mientras estuve aquí, el tiempo pasó muy lento, pero ahora, todo lo contrario. Les urge que me muera.

—¿A quién?

—A todos.

—¿Hablaste con tu abogado?

—Vino a verme hace unos días.

—¿Te explicó cómo sería?

—El protocolo es el mismo siempre. No quise ningún sacerdote y no sé bien qué me inyectarán, pero será algo que me matará en menos de tres minutos. Dice que no se siente, pero no le creo. La muerte siempre se siente.

—Escuché que hubo un reo que aguantó veintiocho pinchazos. Tuvieron que posponer.

—Eso lo acabas de inventar.

—Cierto, ¿soy tan malo mintiendo?

—Eres escritor, esperaba que fueras mejor. Necesito pedirte un favor. Quiero que escribas algo por mí. Yo siempre fui bien burro pa' la ortografía y esas cosas.

—¿A quién le escribirás?

—A la mujer rubia.

—¿Rubia? ¿Te refieres a...?

—Sí, tenía el cabello rubio, es lo que recuerdo de la única vez que la vi.

—Le pedirás perdón.

—No se puede pedir perdón a alguien por un crimen que uno no cometió. Pero ella está muerta, ella tampoco era culpable de nada. La he soñado, por supuesto, pero es la primera vez que le escribo algo. Será bueno para tu libro. La única condición es que no cambies mis palabras.

—Entonces serías tú el escritor, no yo.

—¿Te molesta? La fama sería tuya, yo no podré gozarla.

—Los libros no te hacen famoso.

—Tal vez éste sí lo lean muchas personas. Las personas son morbosas. Si yo me encontrara con un libro escrito por un asesino, lo compraría.

—Entonces lo aceptas.

—Yo no la maté, intenté reanimarla. Pero las palabras de un migrante no prueban nada. Soy culpable aunque no lo sea. Ahora sólo me importa poder dejarle algo a mi familia. Podemos llegar a un acuerdo monetario.

—Vas demasiado rápido.

—Suenas estúpido. No tengo tiempo.

—Si no le pedirás perdón, ¿qué le escribirás?

—De mi vida. De cuando fui niño. Sé que ella tenía hijos. Yo también fui niño alguna vez. Siempre me gustó la construcción, pero porque mi papá me llevaba a ver los edificios que construían.

Una vez llegó a la casa y me dijo que nos íbamos unas semanas para Nueva York. Y sí, me llevó. Yo estaba recontento. Nunca había ido para allá. Los retenes contra migrantes ahí eran más peligrosos, por eso nosotros nos quedamos en el sur. Pocos habían visitado Nueva York. Por eso yo estaba bien emocionado. Me acuerdo de que mi mamá le compró unos guantes nuevos a mi papá porque sus manos ya estaban muy callosas. Cuando me acariciaba la cabeza clarito sentía sus palmas duras. Esos guantes los guardé de recuerdo porque mi papá siguió usando sus guantes rotos. Viajamos en el autobús más de tres días seguidos hasta allá. Sólo hacíamos paradas para ir a orinar y echarnos un burrito o una hamburguesa. Cuando llegamos, la verdad que no esperaba encontrarme una ciudad tan grande. Hasta miedo me dio. Tanto coche por todos lados y tanta gente caminando de un lado al otro. También mi papá tenía un poco de miedo, se le notaba. Yo creo que por eso me había llevado, para no sentirse solo. Y ni hablar de cuando agarramos el *subway*. La gente era como hormigas por todos lados. Y me impresionaba cómo la gente podía ir parada y no se caía, cómo podía estar de pie con el vagón en movimiento. Creía que por eso había tantos jóvenes en patinetas por toda la ciudad. Entrenaban para no caerse en el *subway*. Al fin, cuando llegamos al lugar, resultó que eran dos edificios gigantes los que se estaban construyendo. Ahora que me acuerdo me da tanto orgullo. Mi papá ayudó a construir las Torres Gemelas. En ese entonces no iban ni a la mitad de su tamaño, pero ya se veían bien altas. No dejaban entrar a nadie y por supuesto yo no podía entrar, pero me quedaba en el área del comedor de los trabajadores; a veces mi papá me chiflaba desde unos pisos arriba para saludarme. Podía distinguir el chiflido de mi padre aunque ahí todos chiflaban y gritaban al mismo tiempo. Un día sí me llevó a conocer unos pisos arriba. Se veía Nueva York entera. Después el proyecto se alargó y, por fortuna, a mi viejo lo contrataron por más tiempo. Pero yo no me podía quedar, así que me llevó a la estación

a tomar un autobús de regreso. Ahí me regaló sus guantes. Y desde entonces siempre tuve ganas de dedicarme a eso. Lástima que el dinero faltó y me salí de estudiar para entrarle al negocio de la herrería. Eso sí nunca me gustó. Pero nos daba bastante bien de comer. Todo mundo pedía protecciones para sus casas. Ya después no veías ventanas ni puertas sin su reja. Y mírame. Yo acabé dentro de una.

Silencio.

—Es una lástima que estés por morir.

—¿Sería buen escritor?

—No, no dije eso.

—Eres un poco insensible.

—No te ofendas, es el oficio. Pero sí creo que tu historia es peculiar.

—Es la misma que la de los demás, que la del resto que estamos encerrados aquí, pero nadie nos escucha.

—Yo te daré un rascacielos para trepar. La gente te verá entonces.

Come Sueños

Carol guarda su uniforme de los jueves teñido de grasa y sangre en la mochila. Tiene uno para cada día de la semana, pero todos son exactamente iguales. Toma su bicicleta y coloca su huella dactilar en la máquina que registra su salida. La hora dice que ha regalado veintitrés minutos a la salchichería, minutos que, por supuesto, no le serán pagados. Pedalea atravesando la ciudad y deja que la brisa fría se impacte con su rostro; hace años que no se percibía frescura entre el calor del asfalto y el vapor asfixiante de las industrias. Llega a un espacio abierto a las afueras y ata su bicicleta a un árbol para después adentrarse en el campo, guiada por las luces que parpadean a lo lejos. Los Come Sueños tocan esa noche. La música electrónica hace vibrar a la multitud y Carol desnuda

su cuerpo para abandonarse al contacto del viento. El sudor hace que las pieles brillen con el destello de las luces estroboscópicas y sean reflejo terrestre de aquella noche estrellada. Carol disfruta esa mezcla de sonidos psicodélicos con sonidos nativos. Piensa que debe llevar el gusto por las churingas y caracolas en la sangre. Ella proviene del linaje de las tejedoras de ortiga, herencia simbolizada en aquel tatuaje de atrapasueños que abarca la mitad de su espalda. La civilización devoró a las tribus nativas y su sueño de libertad, pero Carol está convencida de hacer de su cuerpo un astro libre, como acto de resistencia. Coloca la estampa del mandala debajo de su lengua y se abandona a la sensación límite que le produce la llovizna y la rebeldía, y piensa que la vida es muy corta para desperdiciarla.

Godzilla vs. Kong

La palabra monstruo remite a mostrar algo que es invisible o es difícil de tolerar

Por ello se oculta

Por ello cada uno de los monstruos de la historia del cine o la literatura son una metáfora del miedo y el deseo del ser humano

¿Creyeron que sólo los estadounidenses creaban monstruos?

La industria del cine, a lo largo del tiempo, ha sido evidencia de la sistematización del miedo social

Después de la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos ocupó Japón por varios años hasta establecer un nuevo gobierno

Sin embargo, no conformes con la destrucción provocada en Hiroshima y Nagasaki, realizaron aún más pruebas nucleares en las costas niponas

Y como era de esperarse

Una de ellas salió mal, afectando a los tripulantes de un buque pesquero; padecieron enfermedades como cirrosis y hepatitis C

Lindo, ¿no?

Todo eso creó una fuerte psicosis

Así que la desocupación de los estadounidenses debía recordarse de algún modo

Y Japón dio a luz a su primera criatura gigante

Gojira

Quien en 1954 se convirtió en un fenómeno mediático

El monstruo como expresión de la época más aterradora

De la década de las deformidades, los mutilados, los derretidos, los hinchados

Nació así el género kaiju en la industria audiovisual

Que son lagartijas, gusanos, polillas, mantis y pulpos gigantes, viscosos y hambrientos

Son criaturas de otra era geológica que pueden vivir expuestos a altos niveles de radiactividad

Y ahora habitan las profundidades del mar

En esa zona abisal que es una completa incógnita para el humano

¿Sabían que la hambruna en Japón fue de tal magnitud que se comían a los insectos?

Fue en ese entonces cuando se supo que los únicos animales supervivientes a la bomba fueron las cucarachas

La fuente de alimento del día a día

Godzilla, por su parte, es la especie a la cabeza de la cadena alimenticia

El depredador alfa del ecosistema

Pero fue herido con las detonaciones nucleares humanas de la posguerra

Hecho que lo dotó, además, de poderes atómicos

¿Suena a que tiene algún parecido con la realidad? Se pone más interesante

Este kaiju podía ser únicamente de la cultura japonesa porque está construido a partir de la metáfora de la bomba nuclear

Catástrofe que no ha padecido ningún otro país en el mundo

Así que Godzilla nació para atacar Tokio y destruir puestos de sushi

Pareciera que no hay nada de qué sentirse contento

Pero marcó la diferencia

No era Nueva York el centro de atención

No eran los científicos occidentales los únicos desarrolladores de tecnología capaz de defender a su nación

Un claro mensaje de que Japón estaba de vuelta en la carrera del progreso

Y además lo había hecho desde las cenizas

Hollywood intentó apropiarse de la historia y hacer su *remake*

Fue un desastre

La nueva versión ni siquiera llegó a las salas en su versión completa

Tuvieron que cortar varias escenas donde se veía un Japón destruido

Los políticos estadounidenses creían que su población no estaba lista para ver el horror del que eran responsables

Pero las comparaciones fueron inevitables

Y es que el nombre Gojira proviene de la unión de dos vocablos

Gorira, que significa gorila

Y *kujira*, que significa ballena

Entonces, con Kong presente como la bestia alfa occidental

Y Godzilla como el kaiju oriental más poderoso

¿Quién era más fuerte?

Finalmente vio la luz *King Kong vs. Godzilla,* donde ambos monstruos se enfrentaron

¿El resultado?

Un argumento que favorecía al rey Kong

Y es que al poner a un simio gigante contra un depredador radiactivo, era obvio que alguna ayuda le tenían que dar

Además Japón había logrado un milagro económico gracias a los fondos estadounidenses

Con semejante ayuda había que dejarse vencer

Al final hubo dos versiones, una para el mercado japonés y otra para el mercado estadounidense

Y surgió la leyenda urbana de que la bestia victoriosa dependía de cuál versión miraras

No era cierto

En ambas el único que se mostraba como superviviente era Kong

Así que, con la pelea concluida, el gran primate regresó a Nueva York para protagonizar su nueva película

¿La diferencia?

Esta vez treparía las Torres Gemelas para conmemorar el bicentenario de la independencia de Estados Unidos

Así surge la paradoja

Un Kong que caía muerto ciento diez pisos hasta el suelo en 1976

Y ciento diez pisos que caerían en 2001

¿Los responsables?

Se sabe que unos monstruos salvajes

Habitantes de un lugar recóndito en el Oriente Medio

Donde hay guerra, violencia y calaveras

Los niños aztecas III

—Devuélveme el reloj.

—¿De qué hablas?

—El migrante llevaba un reloj. Eso fue lo que brillaba. Devuélvelo.

—Yo fui a recoger el paquete, no vi a ningún migrante.

—Ahórrate la mentira, sólo dámelo.

—¿Crees que le robé?

—¡Estaba vivo cuando lo hiciste!

—Espera, espera.

—¡Eres un hijo de puta!

—No entiendo.

—Que eres un pinche cabrón hijo de puta desalmado. Fuiste y le robaste. ¡Dame el reloj!

—¡Te equivocas!

—¡Él mismo me lo dijo! Llegué y aún estaba vivo. Me habló, me pidió agua, que le avisara a su familia, me dijo que tenía miedo, se murió mientras estaba con él. ¿Y sabes qué más me dijo? Que alguien le había robado su reloj mientras él se desangraba.

—Debió de ser algún otro migrante.

—¿Qué llevas en tu bolsillo?

—No te importa.

—Muéstrame.

—¡No!

—¡Hazlo!

—Baja la voz, nos van a escuchar.

—Entrégame el reloj si no quieres que haga que nos descubran.

—Basta, estás actuando como una pinche loca.

—Es la segunda vez que me dices eso. ¿Yo soy la loca? ¿Quién es tan inhumano para robarle a alguien que se está muriendo?

—Me estás atacando y yo estoy de tu lado.

—Saca todo lo que tienes en el bolsillo entonces.

Silencio.

—Podríamos necesitar dinero, algo con qué sobornar a alguien, por eso lo hice. No me di cuenta de que estaba vivo.

—No lo puedo creer.

—Eres demasiado ingenua. Corremos mucho peligro, nos estás exponiendo. Tomé mis precauciones.

—Deja la mochila, pon el reloj en el suelo y vete.

—Tienes que escucharme.

—Quiero que te vayas o si no juro que provocaré que nos arresten.

—¿Y? ¡Todo habrá sido en vano! Los niños vuelven a una vitrina, tú y yo a la cárcel. ¿Qué sentido tuvo todo?

—No me hables de sentido. Deja las cosas y lárgate.

—¿Sabes? No me iré. Este logro es tan mío como tuyo.

—¿Logro? Maldito enfermo.

—¿No te gusta? Bueno, pues no me dejas opción.

—No te tengo miedo.

—¿No? Entonces no me conoces. Yo que tú me tranquilizaba si es que no quieres acabar golpeada. Tengo mejores planes para estas criaturitas, así que la que se va a devolver eres tú. Pensaba tolerarte, casi me convences con tus discursos humanistas, pero se me agotó la paciencia.

—Todo el tiempo lo planeaste. Me ibas a traicionar.

—Lárgate de una vez.

—¿Qué pretendes hacer con ellos?

—No te importa.

—Los vas a vender.

—Como haré también con el reloj. En esta vida hasta los muertos son mercancía.

—¿En qué momento confié en ti?

—Ya vete, ándale. Te conviene.

—Prefiero ir a la cárcel antes que dejar que te los lleves.

—No seas tonta, mínimo nos dan diez años de cárcel. A chillar a otra parte, mamacita, el desierto es muy pinche grande, ándale.

Silencio.

—Vete.

—Tranquila, tranquila, ¿de dónde sacaste eso?

—¡Quítate la mochila, déjala en el suelo!

—Ya, ya, la dejo, pero baja el arma.

—La mochila y el reloj, rápido.

—Ya está, ya está. Ahí tienes.

—Saca tu celular.

—Ten.

—Arrójalo. ¿Quién es tu contacto del otro lado?

—No lo conozco, sólo nos mandamos mensajes.

—¿Cómo se llama?

—Está guardado como *prima Lucy*. Hay un último mensaje de él.

—¿Cuatro mil dólares? ¿Eso es lo que vale la dignidad de alguien? Ya se te cayó tu negocio.

—No importa, te ayudo a cruzar.

—¿Qué pensabas hacer conmigo?

—Nada, te iba a dar la mitad.

—¿Me ibas a matar?

—No, para nada. No soy asesino, no. Mira, de verdad que yo no hago estas cosas.

—No quiero volver a verte. Camina lento hacia el desierto.

—No, por favor, me puede ver alguien. Juro que te ayudo a cruzar.

—¡Camina hacia el desierto!

—Tranquila, te puedo ayudar a llevarlos hasta donde tú quieres.

—Date la vuelta y camina sin detenerte.

—Me vas a disparar.

—Tal vez.

—Espérate, perdón, podemos resolverlo. Te puedo dar más dinero.

—Es la última vez que te digo que te des la vuelta.

—Ok, ok.

—Camina lento.

—Alguien me va a ver y si me ven van a descubrir el túnel, te van a perseguir hasta el otro lado o te van a estar esperando. Piénsalo bien.

—Cuenta cien pasos. Cuando termines, y si algún cazador no te ha matado aún, entonces puedes correr sin detenerte. No quiero que regreses, te vas a ir. Si intentas regresar, te juro que te disparo. ¿Entendiste?

—Sí.

—Hazlo.

—No, por favor.

—Empieza.

—Por favor.

—No voy a repetírtelo.

—Ya, ya. Uno...

—Camina.

—Dos... tres... cuatro... cinco... seis...

—No te detengas.

—Seis... siete... ocho... nueve...

Celdas III

—Traje tu bandeja.

—Gracias.

—Antes de que la mires, te tengo una buena y una mala noticia. Los huauzontles no encontré quién supiera hacerlos. Lo siento. Pero la buena es que te hicieron el arroz con cilantro. Y además te tengo una sorpresa. Conseguí el pan, una fundación me ayudó, pero lo mejor es que viene desde allá.

—¿De México?

—De México. Lo hicieron en una panadería.

—Muchas gracias.

—Que lo disfrutes.

—Significa que no habrá apelación.

Silencio.

—¿Hay algo más que desees?

—¿Mi familia?

—Me encargué personalmente de llamar, pero nadie contestó. Lo intenté repetidas veces, pero nada. Lo siento.

—¿Se puede uno olvidar de un padre?

—No sé qué decirte.

—Yo nunca me olvidé de mi padre, a pesar de haberme abandonado en esta ciudad, a pesar de eso yo nunca lo olvidé.

Silencio.

—Lo siento.

—Es mejor así. No me había cortado el cabello.

—Te dejaron esto también, el escritor.

—¿Qué es?

—Supongo que una carta, yo no reviso la correspondencia. Ábrela.

Silencio.

—¿Estás bien? ¿Qué es? ¿Qué te causa tanta risa?

—Es una fotografía.

—¿De qué?

—Soy yo.

—¿Tú?

—Sí, soy yo.

Sueños vacíos

La niña ojizarca grita desde el auto, lo que obliga a sus padres a detenerse a mitad de la carretera. Han parado justo en medio del desierto. La pequeña baja seguida de sus padres y se dirigen al puesto improvisado con madera y sogas. El silencio es total y eso les resulta incómodo a las bestias citadinas, que se sorprenden con el sonido de su propia respiración. Sobre el retablo más grande hay objetos tallados en piedra y madera, casi todos son de animales y árboles. Hay uno de mayor tamaño que el padre señala.

—Nanabozho —afirma la mujer que está sentada.

Pero lo que ha llamado la atención de la pequeña son los atrapasueños que cuelgan de las sogas, todos de colores y tamaños distintos. Levanta los brazos para intentar tocarlos. De pronto, la niña saca algo de su mochila: un teléfono celular y un *monopod* para tomar una fotografía.

Los padres entienden la lógica y se abrazan acercando el rostro al encuadre. La vendedora de inmediato descuelga un atrapasueños y lo ofrece a los padres.

—Cuélguenlo encima de la cama de la niña, ojalá les ayude a recuperarla —dice la vendedora.

—No, no, es sólo una foto —argumenta la madre.

—No, *robaespíritus* —exclama la mujer ojibwa mientras vuelve a su banco.

—Vamos, cariño, es tarde, papá tiene que llegar a tiempo a la prisión —concluye la madre.

Y la familia regresa al auto, la madre mete el atrapasueños a la guantera y reinician el viaje. La pequeña decora y pone filtros a la fotografía.

El reloj del desierto

Una nota escrita a mano, una contestación, dejada encima de la mesa.

Señora Cleo

hoy me fui temprano de la panadería

una vecina vino a avisarme que una mujer me buscaba

dice que vino desde la frontera y que tiene el reloj de Jorge

quiere contarme algo

le tomo unos panes y café para tener algo que ofrecerle a la mujer

mañana le pago sin falta

compre otra vela

no deje que se apague

y haga una oración

para que mi Jorge esté bien

ya ve que no me ha llamado desde que se fue para cruzar el desierto

y él jamás se hubiera quitado el reloj que le regalé

me caigo señora Cleo

me caigo

Frontera calavera

Cuando Kong volvió para filmar su última película

Ya no había torres que escalar

Y aunque el director buscó un nuevo rascacielos

La ausencia era real y cortante

La herida expuesta aún sangraba

Dolor e ironía

¿Finalmente la bestia derrocó a la bella?

Cuando el primer film, Estados Unidos mostraba su recuperación de la crisis financiera del 29 maldito

Cuando el segundo, enviaba un claro mensaje sobre la falsa estabilidad en la crisis del petróleo

Pero para el tercero, el símbolo yacía en el piso

Y así surgió el miedo a la caída

Del acontecimiento pasmoso

Que puso los relojes en cero

Que traicionó el orgullo

Nueva York murió brevemente y en su lápida se grabó el 9/11

La caída del héroe

El Kong financiero

El Kong petrolero

El Kong terrorista

Así que la última versión del rey simio debía simbolizar el levantamiento

La reconstrucción

Y, por supuesto, no podía haber empatía por la bestia

Por el ser que se atreve a transgredir la libertad

Pues ése que lo haga

Caerá muerto

¿Y a dónde va el cuerpo de Kong?

El cuerpo caníbal

De toneladas de carne fatídica

Y de toneladas de plomo deshaciendo sus venas

¿Es merecedor de retornar al lugar de donde fue privado?

¿El Estado lo exhibirá como trofeo?

¿Lo desaparecerá?

¿A dónde van a parar los indignos?

Pero no basta

Cuidado

Porque la isla podría esparcir su veneno

Y es mejor que permanezca sitiada

Sepultemos el altermundismo y hundamos a los invasores

A aquellos que no tuvieron modales en nuestra mesa

A aquellos que se sintieron demasiado atropellados con su encadenamiento en el teatro

Que no supieron ser espectáculo

Fundemos el simbolismo de la calavera

Del extranjero invasor

Del Calibán/talibán

No importa si es morena o blanca

Si es joven o vieja

Arranca la piel de su cráneo

Y ponlo en una estaca

Memento mori

La isla calavera será

Islas calaveras *everywhere*

Todo lo que queda fuera del encarcelamiento privilegiado de Norteamérica es bestial

Mejor no acercarse

No les des la mano, que te la arrancarán de una mordida

Y el altruismo será síntoma de la rabia contagiada

No los veas danzar, que su sexualidad es depravada

Y no los veas vivir porque sólo los humanos viven, ellos se arrastran

La historia es la cronología de las fronteras

Entre lo que es inhóspito/obsceno

Y lo civilizado/humano

Kong se enamoró del sueño americano

Y cayó muerto

Kong no es una fantasía, es un simulacro

Del exterminio de lo ajeno

La privatización de lo desconocido

Del *limpiapeste* y *limpiadiferencia* y *limpiarrebeldía*

Aquí yace el cadáver del rey Kong

En un imaginario cuando los cuerpos siempre han sido reales

Que no haya memoriales sino nombres

Que no haya reconstrucciones sino espacios vacíos

Que vuelen las moscas

Y que se haga la peste sobre el cuerpo insepulto e ignorado

Hecho caída

FIN